

socialista que se incorporaron al gobierno de justo como fue el caso de Federico Pineda. Aquí, habría sido relevante referirse a la participación que tuvo Raúl Prebisch en la construcción del sistema de regulación financiero de Argentina en esos años, en su calidad de subsecretario de hacienda y más tarde presidente del Banco de la Nación (1935-1943).³

Por último, creo que este libro trae consigo aportes originales al análisis del papel de los militares en la política.

También, quisiera subrayar que este trabajo será consultado por la valentía intelectual del autor en cuestionar algunas verdades adquiridas en la historiografía acerca del papel de los militares en la historia argentina que se encuentra respaldada por una sólida investigación de archivo.

Francisco Zapata
El Colegio de México

Carlos ILLADES, *Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México*, Barcelona, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2002, 158 pp. ISBN 84-7658-633-7

Este pequeño libro plantea novedosos enfoques y temas. Por un lado, es el estudio de un personaje prácticamente ignorado por los historiadores; por el otro, es una historia del pensamiento socialista en México y sus combates contra las corrientes ideoló-

³ Joseph HODARA, *Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México, 1987.

gicas en boga. Pero además, es una historia social e intelectual del desarrollo del pensamiento filosófico antipositivista y, finalmente, es una incursión en la presencia de las nuevas iglesias cristianas, especialmente los mormones, en pugna con el catolicismo dominante. El hilo conductor es la biografía intelectual de Plotino Constantino Rhodakanaty, sobre quien existen abundantes menciones historiográficas, aunque a menudo contradictorias, cuando no erróneas. De no haber sido por Carlos Illades, primero en su importante compilación de las *Obras* de este personaje (Universidad Nacional Autónoma de México, 1998)¹ y ahora en este estudio, Rhodakanaty no sólo continuaría siendo prácticamente desconocido, sino que lo que sabríamos de él sería apenas fragmentario. Por primera vez, este libro nos permite adentrarnos con rigor y exactitud en su vida; en su moderno y vasto bagaje cultural, filosófico, científico, político e ideológico; en la fertilidad de sus escritos y en la pluralidad de sus actividades en México en los años que trascurrieron entre el final de las guerras de Reforma y los inicios del porfiriato.

Carlos Illades ha huido de una narración convencional, organizando este estudio por temas, sin caer en la relación cronológica tan socorrida en la mayoría de las biografías. De hecho, cada capítulo —salvo el primero, que a grandes rasgos nos introduce a la formación y trayectoria del personaje antes de su llegada a México—, nos acerca desde ángulos plurales a diversos aspectos del pensamiento de Rhodakanaty en este país. Para realizar esta investigación Illades exploró fuentes insospechadas en los archivos de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (los mormones), así como en París, Viena, Grecia —no siempre fértiles en proporcionar datos sobre el personaje.

Brevemente, su biografía nos revela el mundo de su época (capítulo 1). Nacido en Atenas, en 1828, por el lado paterno des-

¹ Clara E. LIDA, "Reseña", en *Secuencia*, 50 (mayo-ago. 2001), pp. 210-215.

cendió de una influyente familia griega y de línea austriaca, por el lado materno. Su padre murió en 1829 en la lucha por la independencia de Grecia contra los turcos y el niño fue enviado a Viena, donde se educó e inició los estudios de medicina, que concluyó en Berlín, al mediar el siglo. El mundo cultural y político de esos años influyó directamente en su formación intelectual: por un lado, la revolución romántica, con su cuestionamiento de las normas preestablecidas, su defensa de la creatividad y el rescate de la naturaleza y las pasiones, abrió nuevos senderos a búsquedas estéticas, religiosas, filosóficas y políticas de las que se nutrieron las generaciones surgidas a partir de 1830. Por el otro, las revoluciones democráticas y populares que culminaron en 1848, transformaron el imaginario social de la época y crearon los espacios de reflexión sobre las nuevas corrientes ideológicas que reivindicaban el derecho al trabajo, a la libre asociación y a los plenos derechos políticos y ciudadanos.

En 1850, lo anterior influyó para que Rhodakanaty visitara París para conocer a Pierre-Joseph Proudhon, el artifice del mutualismo y del federalismo sociales, cuya influencia reconoció el resto de su vida —aunque las ambivalencias del pensador francés ante el socialismo ya eran conocidas. En 1857, nuestro personaje se trasladó definitivamente de Berlín a París para emprender estudios filosóficos y, pese al clima de represión del segundo imperio, se adentró en las diversas corrientes socialistas y asociacionistas obreras que entonces estaban en boga. Poco después, en 1860, posiblemente a raíz del proyecto colonizador del presidente Comonfort, decidió trasladarse a México; se embarcó en Barcelona con destino a Veracruz y llegó a la ciudad de México en marzo de 1861. Su estancia en este país duró hasta 1886, cuando se perdió toda huella de él.

Con estos antecedentes, entenderemos mejor las tres vertientes de su influencia en México. Por un lado, Rhodakanaty introdujo nuevas escuelas filosóficas y científicas —incluyendo la

homeopatía o “medicina universal” —, que rompía con los cánones académicos. Por otra parte, desarrolló y expuso, a contracorriente del positivismo dominante, la filosofía natural, como una crítica al paradigma metodológico de las ciencias fisicomatemáticas que, con sus leyes universales, ignoraban que las ciencias humanas no responden, en palabras del pensador griego, “al materialismo puro” (p. 31). Finalmente, planteó una y otra vez aspectos doctrinales de los socialismos europeos y participó en la organización de las luchas sociales del país.

C. Illades analiza con especial sagacidad y erudición lo novedoso de sus ideas y su impacto en el mundo filosófico e ideológico de la segunda mitad del siglo XIX mexicano. Hasta ahora, los historiadores han visto el positivismo como la única corriente significativa en el pensamiento científico de la época. Pero este libro muestra cómo —influido por la filosofía de la naturaleza (Rousseau, Schelling), el racionalismo trascendental y la teoría del inconsciente, de Hartmann— Rhodakanaty desarrolló un pensamiento naturalista que se oponía al mero empirismo científico del positivismo emergente. Por otra parte, al rescatar el pensamiento de Spinoza y Leibniz, con sus nociones de la unidad del hombre y la naturaleza (que fue tan cara a los románticos) y la armonía de los sentimientos y la conciencia, Rhodakanaty puso énfasis metafísico en el panteísmo y no en el hombre sometido jerárquicamente a la divinidad. De esto se sigue que el individuo no está solo frente a un universo, o a un dios que lo domina, sino que el yo se integra y se diluye en el todo universal, que, por extensión, también es colectivo.

Con los años, a lo anterior se sumó una peculiar búsqueda de religiosidad trascendente, libre e igualitaria que no encontraba en las Iglesias dominantes. En un capítulo fascinante, Illades muestra cómo, en la década de 1870, el interés por y el acercamiento a otras iglesias cristianas, con su moral ascética y comunitaria, atrajeron la atención de Rhodakanaty (quien había nacido en el seno

de la Iglesia Ortodoxa). Sin embargo, desde fines de 1878, con un pequeño núcleo de sus seguidores, se había acercado a la Iglesia de Jesucristo (mormones). Un año después, se convirtió formalmente, tras ser bautizado y nombrado "elder". Pero en 1880, siguiendo su búsqueda de unir lo espiritual y lo social, Rhodakanaty intentó convertir a la congregación de fieles al socialismo, con lo cual se inició la ruptura con esa Iglesia, a la que renunció en agosto de 1881 y de la cual fue excomulgado casi tres años después de haberse acercado a ella (pp. 98-107).

Al desarrollar un pensamiento que privilegiara al hombre y lo armonizara con la naturaleza y la sociedad, Rhodakanaty no sólo sentó las bases para el debate contra el positivismo y el catolicismo dominantes, sino también contra el liberalismo individualista (y su contraparte, el pensamiento conservador). Illades señala con toda razón que el socialismo, al situar al individuo en un todo colectivo y autónomo, se colocaba en oposición radical a las doctrinas dominantes de la época. La visión de Rhodakanaty coincidía con la de los socialistas tempranos, particularmente de Charles Fourier, con sus doctrinas de la armonía, aun dentro de la diversidad, y del desarrollo de un nuevo orden social. En su teoría de los falansterios, Fourier proponía un elemento básico y aglutinador de la comunidad: la organización del trabajo según las inclinaciones naturales —las pasiones— de cada miembro (niños, mujeres y hombres). El pensador griego se insertaba claramente dentro de esa tradición y, poco después de llegar a México, publicó *La Cartilla Socialista o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier* para dar a conocer de modo sencillo, asequible y sistemático las ideas del teórico francés. Hay que recordar, por otra parte, que esta forma didáctica de preguntas y respuestas sencillas sobre diversos temas, proliferó ampliamente en el siglo XIX en catecismos laicos y políticos; en México esto no fue excepción, ya que los "catecismos herejes" —como los llama el autor, quien los ha estudiado en otras

páginas—² fueron un recurso adoptado también por otros pensadores con propósitos semejantes a los del pensador griego, como Juan Nepomuceno Adorno y Nicolás Pizarro (pp. 49-57).

Este afán doctrinario nos lleva al aspecto hasta ahora más mencionado, pero no necesariamente el mejor estudiado, de Rhodakanaty: sus actividades y combates por implantar el socialismo en México. Carlos Illades, quien lleva muchos años estudiando estos temas y, sin duda, es uno de sus mejores conocedores, en este libro le dedica dos capítulos al tema (4 y 6). En ellos nos muestra cómo las primeras actividades de Rhodakanaty se centraron, sobre todo, en contextos rurales; en 1863 fundó una “escuela libre” con sus primeros discípulos y dirigió su atención al mundo agrario e indígena que lo rodeaba; en 1868, en Chalco, uno de sus seguidores encabezó una rebelión contra los hacendados locales en nombre de la “ley agraria”, que daría paso a la distribución de tierras de las haciendas y su restitución a los pueblos.

Aunque la rebelión fracasó, a partir de 1871 nuestro personaje inició su labor más continua por organizar a los obreros dentro de la asociación “La Social” y de expandir sus ideas en *El Socialista*. La diversidad y el eclecticismo ideológicos que exhibe Rhodakanaty en sus numerosos artículos, muestra, por una parte, la vastedad de sus conocimientos filosóficos y doctrinarios, pero por otra, un enlazamiento excesivamente libre, y no siempre riguroso, de doctrinas sociales que abarcaban desde Fourier hasta Proudhon, desde el comunismo temprano de Cabet hasta ciertos aspectos del anarquismo bakuniniano temprano y del municipalismo de la Comuna de París (1871). Esta especie de “anacronismo”, que favorecía la organización armónica de la sociedad, contrastaba con los socialismos internacionalistas más

² Carlos ILLADES, “Tres catecismos herejes”, en *Signos históricos*, 1 (ene.-jun. 1999), pp. 183-193.

modernos —el anarquismo, al igual que el marxismo que se desarrollaba entonces en Sudamérica y Europa— con su importante teorización y acción respecto de la organización del proletariado, la lucha de clases revolucionaria y la destrucción del capitalismo. Esto nos llevaría a preguntarnos si este mirar hacia los ideólogos del pasado, no resultó tácitamente en uno de los frenos que hubo en México al desarrollo organizativo e ideológico moderno de las clases trabajadoras antes de comienzos del siglo XX (a lo que, seguramente, se sumó la indiferencia pública por el debate sobre las ideas socialistas).

Más aún sorprende que en 1878, dos años después de fundar el Congreso Obrero y proclamar la “República del trabajo”, “La Social” editara un periódico titulado *La Internacional*. En éste, pese a evocar la Asociación Internacional del Trabajo anarquista y a mantener alguna correspondencia con dos o tres de sus Federaciones en otros países, se expuso un programa que recordaba, una vez más, el eclecticismo ideológico de Rhodakanaty y sus seguidores. Incluso el apoyo a los manifiestos agrarios de 1878 y los alzamientos campesinos e indígenas de 1879 en la sierra Gorda dejan la impresión de un radicalismo municipalista —el “municipio libre”—, en el que los ecos antiestatistas eran, sobre todo, proudhonianos y comunales.³ Además, sus propuestas políticas sobre la organización de los pueblos y municipios, así como las que se referían al reparto municipal o individual de la tierra, no mostraban una clara vinculación ideológica con el internacionalismo anarquista; por el contrario, éste favorecía la abolición de la propiedad por medio de la revolución social y, según cada una de sus dos corrientes, propugnaba el colectivismo o el comunismo agrarios.

³ Clara E. LIDA y Carlos ILLADES, “El anarquismo europeo y sus primeras influencias en México después de la Comuna de París: 1871-1881”, en *Historia Mexicana*, LI:1 (201) (jul.-sep. 2001), pp. 103-149.

Nada se sabe de los años finales de Rhodakanaty, después de 1886, cuando desapareció de la vida pública en México, tal vez repatriado a Europa. Pero lo que sí sabemos a partir de este sustancioso libro es que su figura renueva en múltiples ámbitos el pensamiento socialista y filosófico en México, de 1860 a los inicios del porfiriato. Hoy sería fácil hablar sin más del “discurso alternativo” de Rhodakanaty; pero eso sería pasar por alto lo que hay de profundamente combativo y crítico, de original y renovador, de activista y reflexivo en este sorprendente e incansable personaje. Gracias a Carlos Illades comprendemos cómo Plotino Constantino Rhodakanaty combinaba la filosofía, la cultura y las experiencias sociales europeas de su época con el pensamiento crítico polémico y la acción organizativa y revolucionaria de un México en el que expuso una constante defensa de los actores sociales más marginados —las mujeres, los pobres, los indios y los campesinos. Este libro ilumina facetas del siglo XIX mexicano que hasta ahora habían permanecido en la sombra.

Clara E. Lida

El Colegio de México